

personage que se coloca en lo mas encumbrado de una higuera para contener los desmanes de los pájaros, y conservar los higos...!

En la tarde de aquel mismo día ocupéme en ordenar la escuela y el método de enseñanza, trabajo que dió por resultado el que todo quedara lo mismo que antes, ó poco peor, porque á la verdad yo no sabia ni qué método seguir ni cómo establecer el orden, cuando mi cabeza y mis ideas eran las cosas mas desordenadas que verse puedan. Pero en fin, preciso era hacer algo, y para ello nombré media docena de *celadores* de entre los discípulos mas *ladinos*; distribuí silabarios, libros segundos y catecismos de Ripalda; arreglé la colocacion de mis alumnos, sentándolos en bancos situados al rededor de la escuela, no segun su saber, sino conforme á su mayor ó menor corpulencia, viniendo á quedar los *grandes* en primer término junto á mi persona, y los *pequeños* como siempre, al último de todos. Con tal disposicion conseguí dos cosas, primera: recrear mi vista con aquellas figuras humanas descendentes, que presentaban el aspecto de los clarines de un órgano; y segundo: satisfacer esa natural inclinacion del que manda, el cual no apreciando el mérito, ni el talento, sino el exterior del individuo, eleva siempre á los grandes en tanto que los chicos quedan confinados á la *cola*.

Despues de estas operaciones les *eché renglon* á los cuatro ó cinco *celadores* que medio sabian formar letras, *finales y palotes*; y en cuanto á mi sapientísimo discípulo, habiéndole encarecido las ventajas y excelencias de la lengua castellana, le puse en las manos una gramática que contaba por lo menos cien años de existencia. El buen chico la recibió con júbilo, porque deseaba entregarse á tal estudio; en seguida le señalé la primera leccion, aunque con el disgusto de tener que comenzar por los verbos irregulares, porque el tal libro, muy semejante á la *eternidad*, se le parecia en aquello de no tener principio ni fin. Concedíle el privilegio de que estudiara paseándose, pues de esta suerte podia vigilar á sus condiscípulos, y cuidar de que cada uno de ellos chillase lo mas fuertemente que pudiera, pues se trataba de que la fama de la escuela volase por ocho cuadras en contorno, aunque otras tantas no tuviera el pueblo.

Concluidas mis sábias disposiciones, soné la campanilla; los *celadores* (hoy instructores, monitores, etc), gritaron: *lean*; se estableció un ruido infernal, y yo, complaciéndome en mi obra y saboreando aquel estrépito alarmante, me puse á arreglar una tablita que sirviera de *pase* para las necesidades corporales de mis alumnos.

Muy pronto la palmeta comenzó á ejercer sus altas funciones. Las *hincadas* y los encierros se sucedian, y el cepo tenia constantemente aprisionada una víctima. Comencé á dar oído á las delaciones mas ridículas, y en breve se convirtió la escuela en un *pandemonium* de

chismes y de embrollos, quedando igualmente establecido el reynado de la guillotina y del terror.

¡Desdichados niños que tenian que habérselas con un hombre tan horriblemente estúpido! ¡Desgraciados de aquellos que aun están bajo la férula de un pedagogo ignorante, bárbaro y brutal!

Felizmente, merced á las luces del siglo, hoy van ya desapareciendo esos implacables verdugos de la niñez, los cuales, desplegando una severidad inaudita, procuran conseguir por medio de ella, lo que no pueden alcanzar con su babárie, su pereza y su ignorancia...!

En este caso me hallaba yo entonces. Dejaba la escuela en manos de los *celadores*, y ocupándome en leer ó en reformar mi pésima letra, solo me acordaba que era el maestro cuando se tenia que aplicar algun castigo. Constantemente veia delante de mí un calvario cuando menos, formado de tres chicos que de rodillas, hincados en cruz, sostenian piedras enormes en las palmas de las manos. En cinco dias mi conducta correspondia perfectamente á mi apellido. El siguiente era sábado, dia de *dar la cuenta*, y casi casi lo esperaba con ansia para mas ostentar mi autoridad y mi poder... Mas en el tal sábado me aguardaba una sorpresa.

Aquella mañana abrí la escuela mas temprano que de costumbre. Cinco minutos hacia que me encontraba yo en ella, cuando llegó el primer alumno, quien despues de rezar el bendito se dirigió á mí para pedirme la mano y... presentarme un *huevo*.

¡El regalo no podia ser mas original!

Preguntéle al muchacho lo que aquello significaba; pero él sin responderme una palabra (era indígena y no hablaba el español), me hizo señas nuevamente para que lo tomara. Semejante oferta heria mi amor propio horriblemente. ¡Sin duda valia yo tan poco para el indígena que pensaba comprarme con un huevo! Y aun cuando no fuese aquel su pensamiento, ¿debía un personage de mi alcurnia recibir tan pequeña y despreciable ofrenda? El muchacho no solo me ultrajaba con su regalo, sino que tambien me hacia salir al rostro los colores de la vergüenza!

Por fin, viendo que yo no recibia su presente, me le dejó encima de la mesa y marchó á sentarse en su banco respectivo. Parecióme entonces que el arrapiezo añadia el desprecio á la injuria; y lleno de cólera iba á castigar su atrevimiento, cuando otro alumno, otra pedita de mano y otro huevo, me hicieron considerar el negocio con mas calma. ¡Cáspita! la cosa iba mudando de talante, y yo, á pesar de mi justo enojo, comenzaba á hacer cálculos aritméticos enteramente nuevos: Un huevo era una ofensa; pero dos huevos no eran dos ofensas, segun parece á primera vista, sino la mitad de una... Resultado asombroso! inaudito! Por tanto, la mitad de mi enojo habia desaparecido.

Media hora despues ostentaba mi mesa hasta unos treinta huevos, ofensas de otros tantos criminales á quienes era preciso *conceder una amnistia*, en atencion á su crecido número. Y como es cierto que despues de una accion buena se experimenta placer y satisfaccion, yo que *habia perdonado*, estaba hecho una pascua; risueño, amable, indulgente, dirigiendo á mis alumnos palabras envueltas en miel y mantequilla.

Un crimen nos conduce á otro, es verdad; pero tambien es cierto que una accion buena nos conduce á *otra mejor*. Así es que yo que habia perdonado lo de los huevos, continuaba perdonando á los que no se sabian *la cuenta*, y muy particularmente á aquellos que tanto me habian ofendido con sus regalos, para de esta suerte obligar mucho mas á los ingratos, y para hacer que su conducta *ignominiosa y penosa*, resaltara mas ante mi bondad *meritoriosa y gloriosa*.

Esta manera suave de portarme para con mis alumnos me sugirió las siguientes reflexiones:

Primera:—Si las dádivas quebrantan peñas, un huevo puede quebrantar el corazon de un hombre, aunque este lleve el halagüeño nombre de *Perfecto Verdugo*.

Segunda:—Un huevo puede ser un terrible adversario del Ripalda; dos pueden producir un mal cristiano, y tres son muy capaces de tener mas encanto que el que tuvieron los ojos de Ana Bolena para el buen Enrique VIII, y llegar á producir un cisma.

Tercera:—(Cuidado que aquí va la parte filosófica y moral de mi presente luminoso escrito). Si alguna vez llego á poner en letras de molde mis ideas, buen cuidado tendré yo de aconsejar á mis lectores: que para ser amados, queridos y respetados de los demas hombres, les den huevos á ojo y sin contar.

Cuarta y última.—Heme aquí al frente de treinta huevos; contemplándolos con amor, y muy semejante á una clueca que trata de empollarlos!

Cualquiera que discurra un poco, esto es, cualquiera que no sea un elegante acabado, podrá inferir por lo dicho, lo que adelantarian mis alumnos con tal maestro, y con tal método. Durante un año entero me pasé una vida algo escasa de monedas; pero en cambio muy llena de placeres y de holganza; y á escepcion de dos nubes que anublaron mi horizonte, lo demas de mi cielo brilló siempre limpio y despejado.

Estas nubes fueron el primer viérnes de cuaresma, y el glorioso 16 de Septiembre. En el primero atravesé las principales calles y la plaza de la poblacion, alarmando á los vecinos y transeuntes, que reian alegremente, al verme conducir á mi ejército de alumnos, á cuya cabeza iba el santo madero de nuestra redencion, y cuyas setenta voces *chillaban* desafortadamente las alabanzas á la santa cruz. Era el pri-

mer viérnes de cuaresma; habia sermon en la parroquia, y segun el reglamento debia yo ir con mi falange infantil á escuchar la palabra de Dios. *Ytem*, los chicos debian ir cantando, requisito que me hizo convertir desde quince dias antes, en maestro de capilla ó en director de coros. El resultado de mis trabajos filarmónicos fué á la verdad como yo no me lo esperaba; pero sí como el lector se lo habrá esperado ya. Por fortuna solo las tres cuartas partes de mis discípulos se desentonaron al cantar el estribillo. . . . Felizmente el alumno que cantaba las estrofas, de diez veces solo nueve cambió de tono. . . . Y por casualidad no mas los *tres tercios* de la poblacion disfrutaron de semejante concierto, y vieron el espectáculo magnífico de una inmensa línea de grullas caminando por el suelo, y llenando el espacio de armoniosa y sonora algarabía. De aquí es que en la memoria de aquellas buenas gentes mi reputacion filarmónica permanece indeleble hasta la fecha. Vinieron los demas viérnes; pero como la costumbre hace maestros, yo me *acostumbré* á no tener vergüenza, y mis alumnos llegaron á sobrepujar á las mas esclarecidas ranas.

En cambio los viérnes de cuaresma tenian tambien su lado bueno. Cada alumno llegaba ese dia con su ramo de flores y su vela respectiva para la Santísima Vírgen; donaciones cristianas que yo, hombre profano y pecador, declaraba *bienes mostrencos*, ó cuando menos de *manos muertas*; y eso que aun entonces los periódicos *ilustrados* no habian promovido la apetitosa cuestion de dichos bienes.

Mis angustias no fueron menos el 16 de Septiembre dia señalado para el certámen. Ay! el certámen. . . ! *balance intelectual* en que precisamente se iba á conocer mi *quiebra!*—Dos meses antes comencé á prepararme para aquel imponente acto. Derecho mio y de todo pedagogo ha sido siempre el presentar los alumnos que deben ser examinados, circunstancia preciosísima que me hizo escoger siete ú ocho de los mas aventajados discípulos, á quienes hice las planas que debian presentar como suyas; á quienes formé su respectivo cuaderno de cuentas, sacadas y resueltas por mí; y á quienes, en fin, en lectura y doctrina les hice aprender *sus papeles* ni mas ni menos que si se tratara de representar una comedia, ensayando particularmente á mi discípulo favorito para que, colocado detras del pizarron, libro en mano, sirviera de *apuntador*, soplándoles las respuestas á sus condiscípulos.

Un certámen las mas veces es un *sainete* donde hay su director que mueve las pitas; actores que representan lo que no son; una autoridad que autorize lo bueno y lo que no lo es; y un publico que. . . ¡siempre es público!

Tomadas estas disposiciones esperé el dia terrible, confiado sobre todo en los bastos conocimientos de mi alumno predilecto.

¡Maldita confianza! Todo habia salido perfectamente hasta que llegó la vez de que el favorito fuese examinado. El muchacho no res-